

# "LA LUNA EN EL AGUA" DE KAWABATA YASUNARY

Traducción del japonés por  
OSCAR MONTES  
*El Colegio de México*

## *Introducción*

KAWABATA YASUNARI nació en Osaka en 1899 y cuando tenía tres años perdió a su padre, un médico al que le gustaban mucho la literatura y el arte. Su madre murió un año después, por lo que fue criado por sus abuelos. Cuando estudiaba en la escuela primaria quería convertirse en pintor, pero al cumplir los quince años decidió ser novelista. En su quinto año de la escuela secundaria ya había comenzado a colaborar con una revista literaria y con los periódicos locales, presentando ensayos y cuentos cortos.

Se dice que especialmente la muerte de su madre marcó profundamente su producción de escritor, pues en casi todas sus obras la mujer, el amor de las mujeres, la sexualidad sublimada, juegan un papel fundamental. Cuando todavía era un adolescente se hizo de un nombre en las letras de Japón publicando *Jurokusai no Nikki (Diario de los dieciséis años)* en el que describía a su abuelo, un anciano al que le quedaba muy poco tiempo de vida sobre la tierra.

Un año después del gran terremoto de Kanto en 1923 apareció en Tokio la revista *Bungei Jidai (Era Literaria)*. Los miembros de la redacción de la revista, entre los que se incluía Kawabata, eran todos "jóvenes en sus veinte años, considerándose a sí mismos 'escritores nacientes' en oposición a los 'literatos establecidos', y percibían que 'alguna

firme oportunidad está madurando' para aparecer en la escena de las letras".<sup>1</sup>

Estos "escritores nacientes" formaron la Escuela Neo-sensacionista (Shin Kankaku Ha), cuyas obras están caracterizadas por lo intrincado y la complicación de un estilo ornamental y tienen el aspecto de ser obras clásicas, en el sentido de antiguas. Dos fueron, sin embargo, los productos literarios que resistieron los embates del tiempo: *Haru wa Basha ni Noite (Primavera en un carruaje)* de Yokomitsu Riichi, el fundador del movimiento, e *Izu no Odoriko (La bailarina de Izu)*, de Kawabata.

La escuela neo-sensacionista reaccionaba, por motivos diferentes, contra dos tendencias fundamentales que se habían manifestado hasta entonces en la literatura japonesa: la literatura proletaria y la novela autobiográfica.<sup>2</sup> La rivalidad con la literatura proletaria, en la que participaban realistas de izquierda, fue preponderantemente ideológica, ya que estos nuevos escritores pertenecían a una derecha que consideraba a la literatura no como una herramienta para transformar la realidad según lineamientos políticos sino como una actividad cuya finalidad se encuentra en sí misma: el arte por el arte.

Por otro lado, en Japón, el naturalismo nacido en Francia desembocó en la novela autobiográfica, haciendo prevalecer en el ambiente literario la tendencia a registrar en forma de crónica espiritual los estados anímicos o el verdadero aspecto de la vida humana basándose en la experiencia real del escritor. A este respecto, el grupo Shin Kankaku Ha niega la vigencia de la propia vida del artista en la realización de la obra y pone el énfasis en su "subjetividad", en sus "sensaciones" ante una realidad dada que las despierta. Yokomitsu Riichi dice en el artículo "Kankaku-Katsudo"

<sup>1</sup> Nakamura Mitsuo, *Contemporary Fiction (1926-1968)*, Kokusai Bunka Shinkokai, Tokio, 1969, pág. 21.

<sup>2</sup> La expresión japonesa Watakushi Shōsetsu ha sido traducida al inglés como "I novel", lo que equivaldría en español a "Novela yo", pero en aras de una mayor comprensión se utiliza aquí, siguiendo a críticos de habla castellana como Kazuya Sakai, el término novela autobiográfica, aunque este tipo de creación literaria japonesa tiene características que le son exclusivas.

("Actividad sensitiva"): "La expresión sensitiva de la nueva escuela es, en una palabra, catalizador intuitivo de la subjetividad que priva a la naturaleza de su apariencia externa y se adentra de un salto en la cosa misma."<sup>3</sup>

La actitud iconoclasta de los jóvenes del grupo fue descrita por el mismo Kawabata en el tercer número de *Bungei Jidai* de febrero de 1924, cuando dice: "De todos modos lo cierto es que parece haberse derrumbado toda clase de autoridad en el mundo literario establecido, incluida la de las grandes revistas. Tan sólo sobrevive nuestra creatividad recién estrenada. Hemos de realizar nuestro ideal el año que viene; se aproximan tiempos nuevos."

Esa nueva creatividad buscó la belleza en las imágenes sorprendentes, en los detalles de la realidad que aparentemente sólo pueden ser descubiertos por una sensibilidad muy desarrollada. Sus fuentes pueden ser localizadas por un lado en la poesía del *haiku* japonés y por otro en una serie de movimientos literarios occidentales como el dadaísmo, el futurismo, el expresionismo, etc.

Kawabata ocupa dentro de este grupo una posición única, pues aunque comparte ese sensualismo casi patológico al observar la realidad, es diferente al haber sido profundamente afectado por el nihilismo oriental, al idea de la muerte purificadora y el eroticismo. Se considera que como escritor alcanzó la madurez durante la segunda década del período Showa, es decir entre 1935 y 1944, pero de alguna manera los elementos estilísticos que le caracterizaron de joven, su concepción del arte en función solamente del arte, siguieron con él hasta su muerte.

A medida que vivía se acercaba más y más a las fuentes de la cultura oriental y a la tradición artística de su propio país. Su japonés, el idioma que utiliza en sus creaciones literarias, es famoso por su pureza, por su "casticismo". En su *Autobiografía Literaria (Bungakuteki Jijoden, de 1934)* Kawabata dice: "Creo que los clásicos del Oriente, especial-

<sup>3</sup> *Op. cit.*, pág. 23.

mente los clásicos budistas, son las obras más grandes de la literatura del mundo."

No se puede negar que todas las obras de Kawabata encierran elementos fácilmente reconocibles como típicamente japoneses; la noción de lo efímero de las cosas del mundo, transitoriedad que las embellece; el amor por las manifestaciones de la naturaleza; la facilidad con que sus personajes se enfrentan a la muerte; la melancolía. El mismo autor dijo al terminar la segunda guerra mundial: "Desde que se rindió Japón lo único que me ha quedado por hacer es retornar al tradicional espíritu triste del pueblo japonés. Por lo tanto, en adelante sólo escribiré elegías."

En 1968 Kawabata saltó a la fama internacional al recibir el Premio Nobel de Literatura y según algunos críticos la distinción le llegó en el momento en que su fuente de inspiración se estaba secando. Quizás por ello, pensando que ya había cumplido con la misión que le deparó la vida y que deseaba apurar la muerte que tantas veces había contado, se suicidó en 1972.

El cuento que aparece traducido a continuación —"Sui-getu" en el original japonés—, fue publicado en 1953, cuando la maestría de Kawabata había llegado a la cúspide de sus posibilidades.

El argumento y el lenguaje usado por el escritor para contarlos hablan por sí solos, mostrando en un espejo todos los elementos que hemos citado y muchos más: muerte, sensualidad, belleza, soledad, tristeza y omnipresencia de la naturaleza en todos los detalles, por pequeños que sean, de la vida del hombre.

En ésta y otras obras Kawabata ha creado, en las palabras de Mishima Yukio, el otro gran escritor japonés que fue además su protegido, "literatura decadente que tiene una perfecta belleza formal y una fragancia que recuerda el olor podrido de una fruta demasiado madura".<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Fukuda Tsuneari *et al.*, *Introduction to Contemporary Japanese Literature*, University of Tokyo Press, Tokio, 1972, pág. 95.

*La luna en el agua*

KAWABATA YASUNARI

UN DÍA SE LE OCURRIÓ A KIOKO hacer que su esposo, que estaba en cama en la planta alta, viera su huerta haciéndola reflejar en su espejo de mano. Para él, que yacía enfermo desde hacía mucho tiempo, solamente con ese acto se abrió una nueva vida.

El espejo de mano venía con un juego del ajuar de Kioko. El tocador no era muy grande y estaba hecho de madera de moral, igual que el marco del espejo de mano. Era este último el que le hacía recordar el tiempo de recién casada, cuando sentía vergüenza si al mirarse el cabello de la nuca reflejándolo en el espejo del tocador, la manga se deslizaba descubriendo su codo.

A veces, cuando ella venía del baño, su esposo se apoderaba del espejo diciéndole:

—¡Qué inútil eres! Ven, yo lo sostendré —y parecía gozar haciendo reflejar la nuca de Kioko desde varios ángulos. Era como si hubiera descubierto algo nuevo en el espejo. No es que Kioko fuera una inútil, pero se ponía rígida al saber que su esposo la miraba a sus espaldas.

Después no pasó tanto tiempo como para que cambiara el color de la madera del espejo, que yacía en una gaveta. Pero vino la guerra, la evacuación de las ciudades, la grave enfermedad de su esposo; y cuando se le ocurrió por primera vez mostrarle su huerta, la luna del espejo de mano se había vuelto borrosa y la moldura estaba sucia de polvo facial y tierra. Como todavía se veía bastante bien, Kioko no se preocupó, o casi no se dio cuenta, y desde ese momento en adelante su esposo, que ya no dejó que se separara de su cama, lustraba el espejo y la moldura en su aburrimiento con el nerviosismo peculiar de los enfermos. Kioko notó perfectamente que aunque la superficie ya no estaba

borrosa su esposo seguía limpiándola con su aliento, y a veces pensaba que los gérmenes de la tuberculosis habían penetrado en las imperceptibles grietas de la moldura. Después de haber peinado a su esposo con un poco de aceite de camelia, en ocasiones él se pasaba la mano por el cabello y frotaba el marco. Aunque la madera del espejo del tocador seguía empañada y sucia la del espejo de mano estaba lustrosa y brillante.

Kioko se casó por segunda vez llevando consigo el mismo tocador. El espejo de mano, sin embargo, había sido incinerado en el féretro de su primer esposo. En su lugar tenía ahora otro espejo con diseños tallados en Kamakura. A su actual marido nunca le contó del cambio.

De acuerdo con la costumbre su esposo muerto fue colocado en el féretro con las manos juntas y los dedos cruzados, por lo que fue imposible hacerle sostener el espejo. Ella se lo puso en el pecho.

—¡Te dolió tanto el pecho! Incluso esto te debe resultar pesado —murmurando tiernamente, Kioko colocó el espejo sobre su estómago. Primero lo había puesto sobre el pecho pensando en el importante papel que había jugado en su vida de casados. Tanto como fuera posible ella quería que este acto no fuera notado ni siquiera por los padres y hermanos de su marido, y colocó sobre el espejo muchos crisantemos blancos. Nadie se dio cuenta. Al juntar las cenizas después de la cremación, se vio que con el calor del fuego el vidrio se había derretido y distorsionado, convirtiéndose en una masa informe, ahumada y amarillenta. Alguien dijo: —¡Es vidrio! ¿De dónde vendría?

En realidad Kioko había colocado otro pequeño espejo sobre el de mano. Era de los del tipo que se llevan en un neceser, largo, angosto y de doble cara. Kioko había soñado con usarlo en su viaje de luna de miel, pero la guerra les había impedido salir. Mientras vivió su primer esposo nunca tuvo la oportunidad de usarlo en un viaje.

Con su segundo marido sí salió en viaje de luna de miel. El cuero del neceser estaba como enmohecido y se compró uno nuevo... también con un espejo incluido.

El primer día del viaje su esposo la tocó y dijo: —Eres como una niña. ¡Pobrecita!

Su tono no fue sarcástico, sino que más bien sugería una alegría inesperada. Quizás para su segundo esposo era mejor que ella fuera como una niña. Sin embargo, al escuchar esas cortas palabras, Kioko se sintió asaltada por una intensa pena. La tristeza era indecible; sus ojos se llenaron de lágrimas y se retiró. Posiblemente su esposo pensó que esa también era una actitud de niña.

Kioko no supo si lloraba por ella misma o por su esposo muerto. No era posible saberlo. Al sentir así se compadeció de su nuevo marido y pensó que debía coquetearle.

—No es cierto. ¿Soy tan diferente? —apenas lo había dicho pensó que había cometido una torpeza y la vergüenza le hizo arder las mejillas.

Su esposo pareció satisfecho y contestó: —Nunca tuviste un hijo...

Sus palabras le hicieron doler el pecho. Enfrentada con una fuerza viril distinta a la de su anterior esposo, Kioko se sintió humillada, como si jugaran con ella.

—Sin embargo, fue como cuidar a un niño.

Kioko dijo solamente esto; a manera de rebelión. Era como si su esposo, muerto después de una larga enfermedad, fuera un niño dentro de ella. Pero, si de todos modos él tenía que morir, ¿de qué había servido su duro estoicismo?

—Solamente he visto Mori por la ventanilla del tren de la línea Joetsu... —y al nombrar su ciudad natal su segundo esposo volvió a arrimarse a Kioko. —Por el nombre parece ser un lindo pueblo entre bosques.<sup>1</sup> ¿Hasta qué edad viviste allí?

—Hasta que terminé la escuela preparatoria. Después me reclutaron para trabajar en la fábrica de municiones de Sanjo.

—Así que está cerca de Sanjo, entonces. Se habla mucho de las hermosas mujeres de allí. Debe ser por eso que tu cuerpo es tan bello.

<sup>1</sup> *Mori* significa bosque en japonés.

—No es bello —Kioko se llevó las manos a la garganta.

—Tus manos y tus pies son hermosos y por eso pensé que tu cuerpo debe ser hermoso también.

—¡Oh, no!

A Kioko le molestaron las manos sobre el pecho y las retiró suavemente.

—Pienso que me hubiera casado contigo aunque hubieras tenido un hijo. Lo adoptaría y lo cuidaría. Una niña hubiera sido mejor —le susurró su esposo al oído.

Habría sido porque él tenía ya un hijo, pero a Kioko le parecieron extrañas sus palabras, aun como expresión de amor. Sin embargo, quizás la llevaba en un viaje tan largo de luna de miel, diez días, porque tenía la delicadeza de no dejar que se enfrentara tan pronto con su hijastro.

Su esposo tenía un neceser para viajes hecho de lo que parecía cuero de muy buena calidad. El de Kioko ni se podía comparar. El de él era grande y fuerte, pero no era nuevo. Quizás porque viajaba mucho, o porque lo cuidaba muy bien, tenía ese brillo particular de las cosas viejas.

Kioko se acordó de su propio viejo neceser, nunca usado y que había dejado cubrir de moho. El pequeño espejo había sido usado solamente por su primer marido y ella lo había enviado con él al otro mundo.

El espejo pequeño se había fundido con el de mano y nadie, con excepción de Kioko, podría decir que antes habían sido dos objetos separados. Como ella no había dicho que esa extraña masa de vidrio habían sido espejos, seguramente ni sus propios parientes lo sabían. Kioko sentía que los muchos mundos que se habían reflejado en ellos habían sido destruidos cruelmente por el fuego. Tenía la misma sensación de pérdida que cuando el cuerpo de su esposo se estaba convirtiendo en cenizas.

La primera vez que Kioko hizo reflejar su huerta usó el espejo de mano que venía en un juego con el de tocador. Su esposo ya no dejó que se separara de su almohada pero, para el enfermo, incluso el espejo de mano parecía ser demasiado pesado y ella, preocupada por sus brazos y hombros, le había dado otro más liviano y más pequeño.



Mientras su esposo estuvo con vida no se limitó a contemplar con los dos espejos solamente el reflejo de la huerta de Kioko. Había visto el cielo y las nubes y la nieve, las lejanas montañas y los bosques cercanos. Había contemplado el reflejo de la luna. Las flores del campo y los pájaros que emigraban habían atravesado el espejo. Los hombres habían caminado en los senderos del espejo y los niños jugaban en su jardín.

Kioko también se había maravillado de la extensión y la riqueza del mundo que se podía ver en el pequeño espejo. Lo que para ella no había sido más que un objeto de tocador, algo para maquillarse, para el enfermo se había convertido en una nueva naturaleza y una nueva vida. Kioko se sentaba junto a su cama y, mientras contemplaban juntos, comentaban sobre el mundo del espejo. Al poco tiempo, para ella también se había hecho difícil diferenciar entre el mundo visto directamente, con sus ojos desnudos, y el que se reflejaba en el vidrio. Habían nacido dos universos y el que se creó en el espejo comenzó a fusionarse con el real.

—El cielo brilla color de plata dentro del espejo —dijo Kioko. Después miró por la ventana y agregó: —A pesar de que el cielo está gris y nublado. . .

Ese color plumizo, opresivo, no estaba en el cielo del espejo. Realmente brillaba.

—¿Será porque siempre lo estás puliendo?

También el esposo, aunque estaba tendido en la cama, si giraba la cabeza podía ver el cielo.

—Es cierto, está gris y opaco. Sin embargo, no necesariamente los ojos del hombre y los de, por ejemplo, un perro o un gorrión, tienen que ver el mismo color de cielo. No se puede saber cuál es el color verdadero.

—El espejo. . . ¿tiene ojos?

Kioko hubiera querido llamarlos "ojos del amor". Los árboles en el espejo tenían un verde más fresco que en la realidad y el blanco de los lirios era más vivido.

—Esta es la huella de tu pulgar. El de la mano derecha —dijo su esposo mostrándole el borde del espejo. Kioko

fue tomada por sorpresa y borró la impresión digital con su aliento.

—¡No lo hagas! Tu pulgar quedó en el espejo desde la primera vez que me mostraste la huerta.

—No me había dado cuenta.

—Quizás no te hayas dado cuenta. Pero yo, gracias al espejo, pude memorizar perfectamente las huellas de tus dedos pulgar e índice. Yo diría que sólo un inválido puede memorizar las impresiones digitales de su esposa.

Su marido casi no había hecho más que yacer enfermo desde que se casaron. Cuando vino la guerra no pudo participar en ella. Poco antes de su fin lo habían reclutado para trabajar en un aeropuerto, pero cayó enfermo varios días después y volvió a casa justo cuando la guerra terminaba. Como su esposo no podía caminar Kioko fue a recibirlo con su cuñado, el hermano mayor.

Cuando su esposo fue llamado por los militares Kioko volvió con sus padres, que habían evacuado la ciudad. Sus pertenencias habían sido enviadas allí desde un tiempo antes. Como la casa en que habían empezado su vida de casados fue destruida por el fuego, alquilaron una habitación en la casa de una amiga de Kioko, y desde allí iba su esposo a trabajar. Un mes en la casa de recién casados y dos meses en la habitación alquilada: ese fue todo el tiempo que Kioko disfrutó con su esposo antes de que cayera enfermo.

Fue entonces cuando decidieron que su esposo alquilara una pequeña casa en las montañas para recuperar la salud. Allí había vivido también una familia de refugiados que volvió a Tokio cuando terminó la guerra. Kioko se hizo cargo de la huerta que habían cultivado ellos, y que no era más que un claro en las malezas de 29 metros cuadrados de superficie.

Como estaban en el campo podrían haber comprado fácilmente verduras para dos personas, pero era una pena abandonar la huerta y Kioko comenzó a trabajar en ella. Además, le nació el interés en las hortalizas cultivadas con sus propias manos.

No es que se quisiera separar del enfermo, pero activi-

dades tales como la costura y el tejido la deprimían. Aunque siempre pensara en él sus esperanzas eran más grandes y brillantes cuando estaba trabajando en el jardín. Salía a la huerta para dar rienda suelta, inocentemente, a su amor por el esposo. En cuanto a los libros, todo lo que podía hacer era leerle en voz alta junto a la cama. Kioko pensaba también que en la huerta podría recuperar esa parte de ella misma que parecía estar perdiendo en el cansancio de cuidar al enfermo.

Cuando se mudaron a la montaña estaban a mediados de septiembre, habían partido ya los veraneantes y vino el largo período de lluvias de principios de otoño, helado y húmedo. Un día, antes del atardecer, el cielo se despejó al mismo tiempo que se oía el claro canto de un pájaro. Kioko salió a la huerta, encontrándose con las hortalizas que brillaban, verdes, a la fuerte luz del sol y quedó embelezada contemplando las nubes rosadas en las laderas de los montes. Sobresaltada por la voz de su esposo, subió apurada la escalera con las manos todavía sucias de tierra y lo encontró respirando penosamente.

—Por más que te llamo parece que no escuchas.

—Perdóname. No podía oírte.

—Ya no trabajes en la huerta. Si tuviera que seguir llamándote así, en cinco días moriría. En primer lugar no puedo ver dónde estás ni qué haces.

—Estaba en la huerta. Pero ya no iré más.

Su marido se calmó. —¿Oíste el canto del paro?

La llamaba para preguntarle solamente eso. Mientras hablaba, el paro carbonero cantó nuevamente en el bosque cercano, que se destacaba contra el brillo de la puesta de sol. Así Kioko aprendió a distinguir su canto.

—Nos vendría bien una campana, ¿no crees? Hasta que pueda comprarla, ¿qué te parece si dejamos junto a la cama algo que puedas arrojarme?

—¿Te tirarías una taza de té desde la planta alta? Parece divertido.

Por lo tanto, se decidió que Kioko podría seguir trabajando en la huerta, pero cuando se le ocurrió mostrársela a

su esposo haciéndola reflejar en el espejo, había terminado el largo y riguroso invierno de las montañas y estaban en primavera.

Sólo un espejo había llenado al enfermo de gozo, como si hubiera resucitado para él todo un mundo de hierbas jóvenes. Su esposo no podía ver los insectos que sacaba de las verduras y Kioko debía subir al primer piso para mostrárselos, pero cuando estaba cavando la tierra él le decía:

—En el espejo puedo ver hasta las lombrices.

Cuando los rayos del sol caían en diagonal, a veces Kioko, en la huerta, creía ver algo brillante y, al levantar la mirada hacia la planta alta, era el enfermo haciendo reflejar la luz con el espejo. Su esposo le dijo que convirtiera al kimono azul con salpicaduras blancas de sus tiempos de estudiante en pantalones para ella y parecía feliz al verla en el espejo trabajando con ellos en la huerta.

Kioko trabajaba al mismo tiempo sabiendo y olvidando que la estaban observando en un espejo. Cálidos sentimientos llegaban a su corazón al pensar en la diferencia con sus tiempos de recién casada, cuando se ruborizaba solamente con el hecho de que se viera su codo al mantener el espejo de mano detrás de la nuca.

Sin embargo, ante el espectáculo de la derrota del país no podía utilizar contenta los espejos para ponerse polvos en la cara. Solamente cuando se casó por segunda vez pudo comenzar a disfrutar de su maquillaje, después del largo tiempo de cuidar al enfermo y el luto por su muerte. También pudo comprender y aceptar el hecho de que se estaba poniendo cada vez más bella. Pudo pensar, incluso, que era cierto lo que le había dicho su segundo esposo el primer día de casados acerca de la hermosura de su cuerpo.

Kioko ya no sentía vergüenza al salir del baño y ver a su piel reflejada en el espejo de la cómoda. Veía su propia belleza. Pero no había perdido ese sentimiento único, peculiar, que su primer esposo había sembrado en ella respecto a la hermosura en el espejo. Ya no tenía razón para desconfiar de lo que veía allí. Por el contrario, ella creía en el mundo especial que existía dentro del espejo. Lo que no

podía encontrar era la diferencia entre su piel vista con sus propios ojos y su piel vista en el espejo, como la había encontrado entre el cielo color ceniza y el cielo de plata. Quizás la diferencia no estaba solamente en la distancia. Quizás el anhelo y la ansiedad por su esposo confinado en la cama habían actuado sobre ella. En realidad Kioko ya no podía saber lo hermosa que había sido para su marido cuando la veía con el espejo trabajando en la huerta. No lo había sabido ni siquiera cuando todavía estaba vivo.

Kioko recordaba, o más bien anhelaba, su propia figura trabajando la tierra cuando se reflejaba en el espejo de su esposo enfermo. Y el azul oscuro de las flores en la hierba, y el blanco de los lirios, el grupo de los niños de la aldea jugando en el campo y el sol de la mañana ascendiendo sobre las lejanas montañas nevadas. Anhelaba, en resumen, ese mundo especial que había compartido con él. Por respeto a su segundo esposo Kioko reprimía ese sentimiento que parecía convertirse cada vez más en un deseo físico y trataba de pensar en él como en una vista distante del mundo celestial.

Una mañana de mayo Kioko escuchó en la radio el canto de aves silvestres. Era una transmisión desde una montaña cercana al lugar donde había vivido con el primer esposo hasta su muerte. Después de despedir a su marido, que se iba al trabajo, tomó el espejo de mano de una gaveta de la cómoda y reflejó el límpido cielo azul. También se contempló la cara y descubrió una cosa maravillosa. No podía ver su propia cara si no la reflejaba en el espejo. Uno no puede verse la cara. Todos los días uno se la toca confiando en que lo que ve en el espejo es la cara verdadera. Durante un largo rato Kioko quedó absorta pensando en por qué Dios habrá creado al hombre de tal manera que no pueda verse la cara.

—Si uno pudiera verse el rostro quizás enloquecería. Quizás se volvería incapaz de actuar.

Posiblemente el hombre había evolucionado de manera tal que ahora ya no podía ver su propia cara. Kioko pensó que tal vez la libélula y la mantis religiosa podían verse la

cara. Más aún, parecería que la cara, algo tan personal, es para que la contemplen los demás. ¿No se parece esto acaso al amor? Mientras volvía a poner el espejo de mano en el tocador, Kioko notó la extraña combinación que hacían los tallados de Kamakura y la madera de moral. Ya que el espejo anterior había seguido a su esposo a la muerte, la cómoda bien podía ser una viuda.

El haberle entregado los espejos a su esposo inválido había tenido sin duda sus ventajas y desventajas. Él estaba constantemente viéndose la cara. Quizás el terror de ver la cara del espejo deteriorándose con la enfermedad había sido como enfrentarse con el rostro del mismo dios de la muerte. Si la muerte de su esposo había sido un suicidio psicológico por medio de un espejo, entonces Kioko era el asesino psicológico. Una vez, pensando en las desventajas del espejo, ella había tratado de quitárselo, pero él no la dejó.

—¿Ya no quieres dejarme ver nada? Mientras me queda vida quiero seguir amando cosas que pueda ver —dijo su esposo. Probablemente hubiera sacrificado su vida para mantener la existencia del mundo del espejo. Después de intensas lluvias ellos contemplaban con el espejo la luna reflejada en el estanque del jardín. Una luna que apenas podía ser llamada la sombra de una sombra todavía flotaba vividamente en el corazón de Kioko.

—Un amor saludable solamente habita en una persona saludable —decía su segundo esposo. Por supuesto, Kioko asentía con la cabeza recatadamente pero en el fondo de su corazón no podía estar de acuerdo totalmente. Cuando murió su marido había llegado a preguntarse de qué había servido la severa negación de sí misma, pero al poco tiempo esa duda se había convertido en un opresivo recuerdo de amor, un recuerdo de días rebosantes de amor, y el arrepentimiento había desaparecido. Quizás su segundo esposo consideraba al amor de la mujer una cosa sin mucha importancia.

—¿Por qué te separaste de tu mujer, siendo tú una persona tan buena? —le preguntó Kioko, pero su esposo no contestó. Ella se había casado con él porque se lo había

recomendado insistentemente el hermano mayor de su primer marido y la boda se celebró a los cuatro meses de conocerse. Su esposo le llevaba quince años.

Cuando quedó embarazada, Kioko se aterrorizó tanto que hasta le cambió la cara.

—¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo! —decía, y se aferraba a su esposo. Tenía fuertes náuseas y llegaba a perder la cabeza. Salía descalza al jardín y recogía agujas de pino. Cuando su hijastro iba a la escuela le entregaba dos cestas para la comida. Las dos llenas de arroz. Fijaba los ojos en el espejo de mano con sus diseños de Kamakura pensando que podía ver a través de él.

Se despertó en medio de la noche, se sentó en la cama y contempló la cara de su esposo dormido. La asaltó el terror de saber que la vida no tiene sentido y desanudó el ceñidor de su camisón. Hizo el gesto de estrangularlo y, abruptamente, rompió a llorar a gritos. Su esposo despertó y le volvió a anudar el ceñidor tiernamente. Kioko temblaba de frío en la noche de verano.

—Confía en el niño que llevas en el vientre, Kioko —le dijo su esposo sacudiéndola por los hombros.

El médico recomendó que la hospitalizaran. Kioko se resistió, pero la persuadieron.

—Iré al hospital, pero déjame primero visitar a mi familia, aunque sea sólo dos o tres días.

Su esposo la llevó a casa de sus padres. Al día siguiente Kioko salió disimuladamente y fue al lugar en las montañas donde había vivido con su marido anterior. Era a comienzos de septiembre, diez días antes de la fecha en que se había mudado a la casa. En el tren Kioko sentía que iba a vomitar, estaba mareada y con el impulso de arrojarse por la ventanilla, pero se sintió revivir al salir de la estación en la montaña y envolverla un aire puro y refrescante.

Volvió en sí como si hubiera estado bajo una posesión demoníaca. Arrastrada por extrañas remembranzas contempló las montañas que rodeaban la alta planicie. El contorno de los montes azules que se oscurecían momento a momento se recortaba claro contra el cielo y Kioko pudo sentir que se

trataba de un mundo que vivía. Mientras se secaba los ojos húmedos de lágrimas tibias, caminó hacia la vieja casa. Desde los bosques que habían flotado aquel día sobre la luz rosada del atardecer vino nuevamente el canto del paro carbonero.

La vieja casa estaba habitada y se podían ver blancas cortinas de encaje en las ventanas de la planta alta. Sin acercarse mucho Kioko se puso a observarla.

—¿Qué haríamos si el niño se pareciera a ti? —sorprendida por su propio e inesperado murmullo, Kioko volvió sobre sus pasos envuelta en un tibio sentimiento de paz.